

# REVISTA GADITANA.

Núm. 10.

## Intereses materiales.

Hubo un tiempo, y aun no dista mucho de la época actual, en que se creía que el hacer aplicaciones de las ciencias á las cosas positivas de la vida, era rebajarlas de su dignidad y exponerlas al descrédito. Los que habian gastado largas horas de estudio en adquirir sublimes conocimientos, se desdenaban de fijar su atencion en aquellos asuntos que mas íntimo enlace tienen con nuestras necesidades y con los medios de satisfacerlas: erradamente se atribuía la inteligencia de las cuestiones prácticas á los que, mas por rutina que por ciencia verdadera, pasaban su vida en formar expedientes, sin ser capaces de dar cuenta de lo que en ellos habia de real y positivo: los que de puro expedir oficios y comunicar decretos y circulares habian adquirido cierta destreza mecánica en este ejercicio, y aprendido á repetir unas cuantas palabras cojidas al vuelo, y cuyo sentido las mas veces se les ocultaba entre los dobles de las hojas que zurcian, eran mirados como oráculos y se tenia robusta fé en sus asertos. Desvariando de este modo, no se echa de ver cuan posible es el que se consuman muchos años en las afanosas tareas de una oficina, sin que, el que vive condenado á este tormento, adquiera ideas de utilidad inmediata y de aplicacion factible: no se reparaba en que es muy de sospechar que de tantos antecedentes laboriosamente recojidos y dispuestos de manera que aparezcan ajustados á todos los requisitos de nuestra complicada administracion, no quede mas señal en la mente que la que deja la planta en el

agua; y confundiendo dos cosas entre sí distintas, y que de modo alguno supone la una el conocimiento de la otra, se estimaban como aventajados en materia de caminos, puentes y calzadas á los que quizá carecían de las nociones mas sencillas acerca de todas estas cosas.

Por fortuna, este concepto equivocado ha ido rectificándose poco á poco: hombres distinguidos por su talento y por su saber han conocido, que las cuestiones prácticas, miradas ántes como de importancia secundaria, eran si no de mas, por lo ménos de tanta gravedad como las que habian hasta entonces absorbido su capacidad toda entera; que era empeño vano el buscar su solucion donde solo existe la historia administrativa, si es lícito denominarla así, de algunos malogrados canales y caminos; y que únicamente, haciendo oportunas aplicaciones de las teorías de las ciencias físicas y matemáticas, era hacederlo el plan de mejorar todo lo que contribuye á aumentar el bienestar de la humanidad.

Así vemos en el dia que, en Francia y en Inglaterra, los mas dados á los estudios especulativos de las alturas adonde la contemplacion les ha elevado, bajan los ojos hácia la tierra; y acordándose de que el espíritu de esta suerte se dirige á las sublimes regiones de la ciencia, está unido á un cuerpo material, aquejado por mil necesidades, y sujeto á mil apetitos y deseos que es deber suyo satisfacer en parte, y en parte tener á raya, cifran su mayor gloria en dedicar sus tareas á esta nueva especie de investigaciones. Por esta razon se observa, que de continuo ven la luz pública obras cuyos títulos hubieran sido tal vez ininteligibles para nuestros antepasados, y que

ahora logran el más cumplido favor del público, y la acogida más lisonjera de las personas sensatas que de veras quieren el bien de su país. Las eternas contiendas sobre la metafísica del mundo político van cayendo en desuso de día en día: la opinión de que las reformas en el gobierno son solo apetecibles como medios de grangearse otros bienes más sólidos y positivos, se acredita, al paso que las pasiones que despertaron los sucesos pasados se resfrían y recobran los ánimos el sosiego perdido: persuádense todos de que si es cierto que es libre el pueblo que tiene en las manos los cordones de su bolsa, no lo es ménos que su felicidad depende de la distribución adecuada que sepa darse á las monedas que esta misma bolsa contenga; y que el verdadero secreto, para acercarse á la igualdad que soñaron los utopistas, está en los trabajos del ingeniero, que acierta á poner en contacto pueblos separados ántes por la naturaleza, en los cálculos del economista que sabe reunir en un fondo comun multitud de cortos capitales infructíferos, mientras la prevision no les supo dar dirección conveniente, y en suma, en la de los que procuran mejorar la instrucción pública, corregir más bien que esterminar á los delinquentes, y proporcionar trabajo, y por consiguiente, sustento á las clases más abyectas y menesterosas.

Nuestra desventurada España está en el día en la mejor coyuntura para que estas saludables ideas den en su seno frutos abundantes; perdidas para siempre nuestras colonias: agotados los recursos del país por una guerra funesta y prolongada: perplejos entre la variedad de opiniones políticas que pugnan por el poder, y casi desesperanzados de que ninguna de ellas sea el específico para curar los males que nos abruma, qué ocasión más oportuna puede darse para que toda la actividad de los españoles se dirija á estos objetos?

No hay que encarecer el atraso en que estamos respecto de los estrangeros, en todo lo que tiene relacion con la agricultura, el comercio y la industria, es tan de bulto esta verdad, que basta solo con apuntarla para que alcance unánime asen-

timiento: el estado miserable de nuestras cárceles y presidios muestra bien á las claras, que las ideas filantrópicas y cristianas de sistema penitenciario y de corrección de los criminales, son aquí tan desconocidas como en el interior del Africa: la falta de un plan de estudios acomodado á lo que exige la época presente, es indicio manifiesto de que las luchas intestinas y perdurables, que por desdicha han distraído la atención de los funcionarios públicos, no les han dejado tiempo de pensar en el porvenir: entretenidos con sus debates, casi siempre importunos, olvidaron que era deber sagrado de su ministerio el cuidar de que, una dirección equivocada, no estraviara el entendimiento y pervirtiése el corazón de la juventud: de asociaciones apenas hay que hablar, por palpables que sean sus ventajas, por más que saltó á los ojos que solo el concurrir muchos capitales reunidos es el medio de hacer realizables empresas, que de otro modo aparecen gigantescas y punto ménos que quiméricas; no ha sido hasta ahora posible el disipar añejas prevenciones y el lograr que cese el espíritu de aislamiento que nos domina: de caminos, de puentes, de canales, de carriles de hierro, solo ocurre el lamentarse de que todavía no se haya aprovechado lo que la experiencia de los estrangeros pudiera habernos servido, y en fin, no hay ramo niaguno de los que se versan con el uso de la vida, y que contribuyen á hacerla cómoda y agradable para el mayor número, que no acuse nuestra desidia y no nos excite á mudar de proceder en adelante.

Si á dicha nuestra, llegasen á prevalecer entre nosotros estas ideas, en breve, los que ahora se odian más encarnizadamente teniéndose por enemigos irreconciliables, se mirarian como hermanos: los que asustados por los gritos de la anarquia temen ántes todo los bullicios y las turbulencias populares y claman sin cesar por el órden, para que la sociedad no se disuelva, verian que el trabajo es el mejor agente de la moral pública, y que los que tienen su jornal asegurado y satisfechas sus necesidades, no se prestan á servir de dóciles instrumentos á los revoltosos de oficio: los que se pre-

eran de amigos del pueblo, contemplarian con placer, que los bienes que proporciona la sociedad se extendian á sus protegidos; y en suma, los escépticos é indiferentistas que han producido las revoluciones, no podrian ménos de creer en los bienes positivos que habian de nacer de este nuevo orden de cosas, y depondrian su incredulidad y su independencia.

T. G. L.

**REMITIDO.**

Sres. Editores:

En el número 7 del 15 del corriente hemos visto un artículo firmado por los Sres. Don Manuel Lopez Cepero y Don Manuel Bayo, Directores de la compañía del Guadalquivir, contestando á otro que se insertó en el número 2 del apreciable periódico de VV.—Sin tomar parte en la cuestion sobre la empresa Bética, porque estamos resueltos á no entrar en ella por ahora, no podemos, sin embargo, dejar correr sin aclaracion un párrafo que nos es personal, y del que pueden inferirse equívocas deducciones. Dice así: *La Compañía del Guadalquivir jamás ha hostilizado á la Bética. Al contrario, invitó amistosamente á sus principales socios, para que se uniesen á ella en beneficio de la Provincia. No lo tuvieron por conveniente &c.*—Pasando por alto lo de la hostilizacion, á pesar de tener á la vista oficialmente una Real orden harto curiosa, fecha 26 de Noviembre último, provocada por la Compañía del Guadalquivir, que gratuitamente se apresuro á atribuir á la *Empresa Bética* intentos que jamás tuvo, ni eran de suponer, referirémos circunstaiciadamente el hecho de la *invitacion*, que fué tan cierto como inexacto es decir simplemente, que no tuvimos por conveniente unirlo á la Compañía en beneficio público.

Hallándonos en Sevilla en la Semana Santa los dos que suscribimos, concurrimos gustosamente, á propuesta del Sr. Cepero, á la oficina de la Direccion, y tuvimos una conferencia con los tres Sres. Directores, que era el mismo Don Manuel Lopez Cepero, Don Manuel Bayo, y Don Ignacio de Olaeta. Es inútil decir que reinó en ella la mayor urbanidad y cortesía. Despues de alguna discusion en terminos generales sobre los medios preferibles para la limpia del Rio, cuyo deplorable estado se confesó unánimemente y no podia ménos de reconocerse, sentamos, del modo mas explicito y positivo, las proposiciones siguientes:

Que el único objeto de la Empresa era, que cuanto antes se hiciese la limpia de los bajos, y la

navegacion quedase franca y espedita, pues que en esto era en lo que la Empresa fundaba su calculo para otros proyectos, y por tanto, lo que le importaba era que la obra se hiciese; no el hacerla ella.

Que como negocio lucrativo, la Empresa no apetecia hacer la limpia, porque era muy dudoso el indemnizarse de los gastos.

Que en prueba de ello, desde luego renunciaria todo ulterior paso, si la Compañía tenia medios para hacerla y se comprometia de un modo positivo á su pronta y efectiva ejecucion.

Que para demostrar la sinceridad de nuestros deseos, Zulueta, dueño de dos barcos de vapor actualmente empleados en el Rio, se comprometia por estos, y por los que en adelante tuviese el mismo ó la Empresa, á abonar á la Compañía, ó á cualquiera que hiciese la obra, los mismos diez reales vellon que la Empresa pide por cada pasagero, con la ventaja para la Compañía, ú otro cualquier empresario, de que desde luego podía contar con este arbitrio, sin necesidad de espedientes, informes, ni aprobaciones, puesto que los interesados se someterian voluntariamente al pago.

Por último, que si esto no podía tener lugar, y era posible la union de ambas Empresas, la Bética se prestaria gustosísima á ello, habiendo términos hábiles; aunque nosotros no creiamos que pudiera haberlos.

Entróse en seguida á la discusion sobre este mismo punto, y lo único que se indicó al efecto, por uno de los Señores Directores de la Compañía del Guadalquivir, fué lo siguiente.

Que la Empresa cediese á la Compañía la nueva Draga de vapor y demas útiles y medios de ejecucion que preparaba, cuyo valor se le daria en acciones de la Compañía, por las cuales seria interesada en la suerte de esta; y otro de los Señores Directores, con una generosidad propia de su carácter, añadió la oferta de dejar su plaza á uno de los Directores de la Empresa.

Semejante indicacion nos admiró, cuando los mismos Directores se habian lamentado poco antes del ínfimo precio á que desgraciadamente habian llegado sus acciones.—La propuesta equivalia á dar á la Empresa, en cambio de un capital efectivo, un valor casi nulo. =Suponiendo tan solo 50.0 pfs. de valor efectivo, á lo que la Empresa habia de entregar, y diez p. 00 el precio de las acciones en el mercado, resultaria, que á la Empresa ó se le pagaba aquella cantidad con solo 5.0 pfs., ó si habian de dársele los 50.0 por completo, deberían entregárseles 500.0 pfs. en acciones, añadiendo con tan crecido capital mayor dificultad para el pago de intereses, y mayor demérito á las acciones. =Sin embargo, por motivos de delicadeza, nos ceñimos á espresar, que la propuesta no podia ser admisible, y que ademas envolvia una circunstancia á que jamás asentiríamos, cual era la conservacion del *medio por ciento* que en la

Aduana de Cádiz se cobra para la Compañía del Guadalquivir; impuesto que gravaba injustamente al Comercio y vecindario de Cádiz, y la desnivelaba de los demas del Reino. = A esto contestó uno de los Señores Directores, que Cádiz no tenia razon para quejarse de desnivel, pues que para precaverlo, se habia obtenido una Real orden, haciendo el cobro extensivo á todos los puertos de España; á lo que replicamos, que bien podia ser que el gravamen se hubiese mandado estender á toda la nacion; pero que de hecho, solo Cádiz era la que lo soportaba, pues aun Sevilla misma se habia exonerado del pago, en una de las veces que habia podido espresarse el disgusto del público contra tal exaccion. Al despedirnos dijimos, que si no obstante, á cualquiera de ambas partes ocurria algun otro medio de combinacion, se avisarian una á otra para que lo pusiesen ántes en conocimiento de las respectivas asociaciones, cuyo beneplácito era necesario, lo cual nunca llegó á tener lugar.

Esta es la fiel y circunstanciada narracion de lo que pasó en la única conferencia que tuvimos con los Señores Directores de la Compañía del Guadalquivir, á cuyo noble testimonio nos referimos con entera confianza.

Habiendo manifestado lo que nos es personal en el artículo á que nos referimos, concluiremos con añadir, que nadie disputará á la Compañía del Guadalquivir la gloria de la introduccion de los barcos de vapor en el Rio; pero al mismo tiempo nadie le podrá negar á uno de nosotros, la de haber bajado á casi la mitad los precios de pasaje que la Compañía tuvo establecidos por muchos años. Cada persona que navegue por el Rio, al disfrutar agradecida la comodidad con que lo hace, no podrá ménos tambien de recordar, al pagar su pasaje, el beneficio del ahorro que se le ha proporcionado.

Quedamos á las órdenes de VV., y Sres. Redactores, sus mas atentos servidores—

JOSÉ MANUEL DE VADILLO. PEDRO JUAN DE ZULUETA.

## UNA BODA EN MADRID.

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES

### Del Estudiante.

*Ille ego qui quondam...*

YO el antiguo coronista de los amores toscos de Teresilla la andaluza y de sus bodas, cuya des-

cripcion habrá visto el que hubiese leído mi anterior folleto; YO observador atento de los usos de la Corte no ménos que de las costumbres de la aldea, quiero contar ahora en contraposicion de aquella historia, los amores y las bodas de una de las jóvenes mas delicadas y elegantes de la sociedad culta madrileña. Verá así el lector cual contraste forman la narracion de uno y otro caso, y podrá hacer entre si todas las reflexiones filosóficas, que yo me guardaré bien de apuntarle, acerca de las diferencias que establece y modificaciones que causa la diversidad de nacimiento, educacion, hábitos y clase en uno solo, uniforme, constante y natural hecho, que es la necesaria union de los dos sexos. Discurra, pues, á su placer el que me leyere, sobre estas y otras consideraciones; saque consecuencias, deduzca principios, yo, por mi parte, al papel de simple narrador me atengo.

CAROLINA, la única hija de un alto empleado de palacio, dueño ademas de algunas propiedades, era una muchacha de 17 años; de mas salud que robustez, de mas talento y despejo natural que instruccion. Tenia ojos negros rasgados, boca pequeña, dentadura menuda, blanca y esmaltada, contornos graciosos, voz argentina, talle esbelto, y pié pequeño. Sus principales habilidades consistian en traducir del frances todas las modas nuevas, acomodándolas al teatro de su tocador al carácter de su belleza, y al gusto del público madrileño espectador de sus gracias; en dibujar y bordar algunos cuadritos cuyo principal mérito estaba en las lindas molduras de los marcos dorados que se les ponian, y en los sinceros encomios con que los presentaba su mamá á las visitas de casa; en acompañarse al piano medianamente la *Casta Diva* de Bellini, dos ó tres arietas de *Camera* de Donizetti, tal cual cancion española de un maestro italiano, y algunas otras fioleras semejantes; en bailar con mas gracia que destreza, una cosa á manera de paseo que por tradicion llamamos acá *rigodon*, y otra cosa á manera de remolino, que sigue llamándose *vals*, no obstante las variantes que ha experimentado desde su origen. Tal

vez observe aquí el lector, pues yo ya he dicho que me abstengo de observaciones, la decadencia á que ha venido á parar el baile entre nosotros, siempre perdiendo de su primor artístico y artificio pedestre de invierno en invierno, de baile en baile, de tertulia en tertulia, de día en día, de la capital á las provincias. No parece sino que en España hemos declarado el arte de bailar bien incompatible con la civilización y con los progresos del siglo. Sabía Carolina además de todas estas cosas leer bien en castellano, leer mal el francés, y escribir su propio idioma con letra clara siempre que se la ofrecía enviar una cartita de color de rosa timbrada con sus iniciales para pedir á alguna amiga que la devolviese un figurin, ó que la acompañase al Prado. Verdad es que en estos billetes los puntos y las comas solían ir colocados *ad libitum*, como las flores en un adorno de cabeza; pero en cambio de tal irregularidad las letras mayúsculas pocas veces tenían entrada y nunca puesto fijo, y en cuanto á las *bb* y las *vv*, era tal la armonía que entre sí guardaban, que generosamente, y prescindiendo de toda etiqueta, se cedían unas á otras su lugar, siendo muy común el verse la palabra *biernes* codo con codo del vocablo *vaille*, y escrito el nombre *bivora* donde otra pluma más escrupulosa hubiera puesto *vibora* tal vez.

Ya se deja conocer que siendo nuestra heroína jóven, linda, nada pobre, y de una educación muy superior, como queda dicho, á la que suele darse á las señoritas de la Corte, no le faltarian adoradores. En efecto, jamas se presentó en alguna de esas reuniones á que los modernos dan el nombre francés de *suaré* (*soirée*) olvidando el de *sarao* que usaban sus abuelos, (porque esto de dejar voces propias y bien sonantes para adoptar otras enrevesadas extranjeras, se ha conocido que es cosa discreta á todas luces, y por todos conceptos utilísima) jamas digo, se presentó Carolina en alguna reunion, baile, ó tertulia, que luego al punto no le lloviesen peticiones de infinitos aspirantes á bailar con ella: veíase precisada á ordenarlos y clasificarlos por su antigüedad, y para que no se le

olvidase el turno, ó acaso por dar mayor realce á la formación de aquella serie de galanes, sacaba graciosamente su pulido librito de memorias y desprendiendo de él un sutil lapicero de oro inscribía con toda solemnidad los nombres de los pretendientes, los cuales, formados en semicírculo á su frente vigilaban sobre la exactitud de aquella toma de razón, al mismo tiempo que examinaban el prendido y tocado de la bella, y registraban con imprudentes ojos todo cuanto su buena suerte les facilitaba atisbar.

Acontecía muchas veces que el baile se acababa antes que la nómina, á manera de lo que suele suceder en las tesorías de España que se acaba el dinero ántes de estar todos los sueldos pagados, y todas las libranzas satisfechas: en este caso, Carolina solía compensar á los desgraciados su mala suerte enviando á uno á averiguar si había llegado su coche, pidiendo á otro el brazo para ir á la pieza de juego en busca de su mamá, y encomendando al tercero que le procurase á toda costa para el día siguiente el último número del *Petit-Courrier*.

Repetíanse estas escenas con una uniformidad que rayaba en monotonía, porque en la sociedad moderna, no son tan frecuentes como eran en las antiguas los *lances de Calderon*. Sin embargo, un incidente ocurrió sumamente serio, y que decidió para siempre de la suerte de Carolina. Acababa una noche de bailar un vals, cuando al recobrar su asiento vió llegarse á ella un almirado galán, que poniendo el espinazo en figura de C, las piernas en figura de X y los brazos en figura de paréntesis, le dijo en tono poético y meliflúo: "No hay quien iguale la elegancia de V. para valsar en todos los pueblos que están bajo el meridiano de París."=No entendió Carolina claramente aquello del *meridiano*, bien que el que lo había dicho tampoco se le alcanzaba mucho de longitudes geográficas; pero en fin ambos quedaron acordados en punto á la sustancia del requiebro, que el atildado mancebo reforzó todavía añadiendo, que "se tendría por el más feliz de los mortales si quisiera hacerle el honor de permitirle valsar con ella."

Carolina accedió á la súplica, y le otorgó formal promesa (fijese aquí la consideracion) de que no se acabaría el baile *sin que valsáran juntos*.— Separóse de su lado el mozo, pasaron algunos minutos, y otro nuevo pretendiente acude *pidiendo el cotillon*. Una inclinacion de cabeza le dió á entender que su demanda estaba concedida, y con esto se retiró. Pero ¡oh conflicto! La fatalidad dispuso, ó tal vez fué quien lo dispuso la señora de la casa, porque este punto es difícil de averiguar, que desde aquel momento no tocasen los músicos sino en compas *vinario*, es decir, que todos fueron en adelante rigodones, con tal cual *galop* entremezclada; y el único *tres por ocho* que ejecutaron los violines ¿quién había de preveerlo? fué el *cotillon* final, término, contera y non plus ultra de todos los bailes. Ahora bien, sabido es de cuantos conocen algun tanto la nomenclatura y clasificaciones de la danza moderna, que el *cotillon* es vals, y no es vals rigurosamente hablando: es vals, porque se baila valsando, pero no es vals por cuanto añade ciertas modificaciones al vals propiamente dicho. Lo cual ha dado ocasion á que se le bautice con nombre diferente. Vergüenza es que al cabo de tanto tiempo como ha que tenemos libertad de imprenta, no haya aparecido un tratado siquiera, un libro, un mal folleto, para determinar punto tan controvertible, y que ni en el Ateneo ni en el Liceo se haya abierto una cátedra de la teoría y práctica del baile, donde esta y otras cuestiones dudosas se hubieran puesto en claro. Diránme acaso aquellos institutos que el arte de danzar no es análogo á sus fines; pero yo preguntaré, por lo ménos al último de ellos que ademá de literario se titula *artístico*, si no es mas propia de este dictado la enseñanza del baile, que la del *derecho político* anunciada entre las que van á darse por su direccion y cuenta? Lo mismo me parece explicar *derecho político* en el Liceo, que enseñar partida doble en la Academia greco-latina y *música* en la escuela de veterinaria.

Perdone el lector esta digresion á que he sido arrastrado, por el dolor que me causa reflexionar las malas consecuencias que trajo á nuestra

linda Carolina el no hallarse decidido terminantemente, si el *cotillon* puede ó nó ser considerado como vals en todo rigor de propiedad. Porque fué el caso que ambos á dos galanes acudieron simultáneamente á sacarla á bailar, en el momento de empezar la música: el uno alegaba que Carolina le había concedido el *cotillon*; el otro posaba que tambien á él le había dado palabra de valsar con él aquella noche, y que ya no era posible *valsar* juntos aquella noche, no valsando el *cotillon*; á ménos que San Pascual Bailou tuviese á bien hacer un milagro para prolongar el baile, ó que la señorita se decidiese á ir valsando por la calle hasta su casa. De la duda se pasó á la disputa, de la disputa al altercado, del altercado á la exasperacion de los ánimos, hasta que por último, Carolina, perpleja entre los alegatos de una y otra parte, declaró que se hallaba indispuesta y que no podía bailar. Quedáronse mudos ambos contendientes al escuchar esta sentencia: el uno de ellos, jóven de aspecto marcial, aire resuelto, poblada pera, largos y espesos bigotes; aunque solo era empleado en una oficina de rentas, echó sobre su contrario una mirada de indignacion y desprecio; el otro que, aun que imberbe y algo enteco, se veía al fin con espada ceñida y dos galanes, como oficial de un regimiento de caballería de linea, recibió la insinuacion con toda la desdeñosa entereza que acertó á pintar en su gesto femenino con esto y con decirse algunas palabras al oido, por mas que Carolina interpuso su medion para evitar un rompimiento, salieron los dos enojados apresuradamente de la sala con ademanes terribles y significativos, y procurando al mismo tiempo llamar la atencion de la concurrencia. Con efecto, concluido el *cotillon* y despedidos los asistentes, en las dos horas y media que tardaron en recogerse las capas, capotes y mantones en la antesala, circulaba de boca en boca, sorda y misteriosamente pronunciada, la palabra *desafío*.

No es mi ánimo entretener á mis lectores con la cómica solucion del referido lance; bástame presentar á sus ojos á los cuatro actores, á saber; los dos combatientes y sus dos padrinos almorzando al

dia siguiente juntos, sanos y alegres en una de las mejores fondas de Madrid. Desde el almuerzo se fueron los dos rivales á casa de Carolina, y aun que su vista no tenia otra apariencia que la de un cumplido acostumbrado, fácilmente comprendió la jóven, que su verdadero objeto era sacarla del cuidado en que el lance de la vispera debía de haberla puesto. ¡Y cómo si la puso! Bien lo indicaban el color pálido de sus mejillas, el decaimiento de todo su semblante, y el descuido (tal vez cuidadoso) con que se mostraban hechas los otros dias prolijas operaciones del tocador. Autores hay que dicen sin embargo, que la vigilia en que habia pasado la noche Carolina, mas que el interes por ninguno de los desafiados, habia consistido en estar paladeando, por decirlo así, la dulce idea de haber dado lugar á un duelo, y en reflexionar con cierta secreta alegría, sobre lo mucho que en Madrid se hablaría de aquel caso. Como quiera que sea, á mi me ha asegurado despues la doncella de su confianza, cuando llegó á tener alguna comi-go, que su Señorita hubiera sentido en el alma saber que habia quedado en el campo el mocito de los dos galones. Sin duda tuvieron sus ojos medio de hacérselo entender en aquella brevísima visita, pues ello es, que nuestro militar salió de ella meditando poner cerco á aquella fortaleza, que tan poco inespugnable le habia parecido al primer reconocimiento. No obstante esta resolucion, le desazonaba la idea de que, para agradar á la niña, hubiera de tener cada semana un desafio, porque aunque guerrero de profesion, era por carácter enemigo de semejantes jornadas; y así se propuso galantearla á lo pacífico, y ostentar á su vista otras cualidades que el valor pendenciero, y otros primores que los de la esgrima. Se encomendó, pues, á los sastres, peluqueros y perfumistas para que le ayudasen á la conquista de aquel precioso corazon, y tan buena maña se dió, que ántes de los quince dias ya declaraba Carolina, en las conversaciones con sus amigas, que el jóven mas elegante de Madrid, era sin duda ninguna, Eduardito Velazquez: así se llamaba nuestro teniente coronel. Conociendo él esta predileccion, iba progresivamente recar-

gando su afeminada compostura: la niña por su parte no queria quedarse atras; cuanto mas se ensortijaba el pelo Eduardo, mayor número de bucles añadía Carolina, cuantos menos puntos se calzaba él, mas acrecentaba ella la tortura de sus oprimidos pies, cuanto mas estrechaba la cintura el oficial, mas se apretaba el corsé la Señorita, y cuantos mas olorosos perfumes exhalaba el uniforme, mas suaves esencias embalsamaban la atmósfera al undular las ropas de la doncella. El resultado de tan estraña competencia fué, que uno y otro se desfiguraron de manera que los cuerpos mas parecían de abispos que de persona humana; los pies para todo les servían ménos para andar; desapareció el color del rostro y la frescura de la tez, propios de la juventud; recargando su adorno, se convirtieron en dos ridículas caricaturas, y á la naturalidad y graciosa soltura de sus movimientos, sucedió un afectado ademan que los asemejaba á dos autómatas, movidos por secretos resortes.

Así y todo, se enamoraron uno de otro, ó por lo ménos se lo figuraron ellos mismos: hubo billetes amorosos copiados de las novelas, paseo de calle, citas al Prado, preferencias en el baile, encuentros casuales, regalillos mútuos de sortijas y rizos embetunados de pomada... Por último, la vigilancia de la Señora mamá, cuando el mal ya estaba hecho, y todo Madrid lo murmuraba, echó de ver el galanteo, atribuyendo tan difícil descubrimiento á su prodigiosa perspicacia; y siendo así que desde el dia en que nació Carolina estaba ella pensando en lo que llamaba *el establecimiento de su hija*, manejó el asunto ni mas ni ménos que si la criara para monja. Llamó á su hija la niña, hubo llantos, súplicas, amenazas, desmayos; y de todo resultó prohibida toda comunicacion con el jóven Eduardo, y encargada la misma Carolina (cosa singular!) de intimar al Señor mio la retirada. Cambió entónces el trato de los dos amantes sus medios de correspondencia; pero fué para hacerse mas notable, y si se quiere mas escandalosa. Desde la prohibicion maternal no hubo quien no se prestase á favorecer á los muchachos, ni amiga de las que mas desaprobaban ántes su amor que no les sir-

viese ahora de tercera, ni gabinete que no se facilitase para conferenciar secretos: ni coché que no transportase á los dos jóvenes y donde mas les convenia. ¡Oh extraño atractivo de la verdad! ¡Oh singular afición al contabilando! Por fortuna, con nadie está mas segura una niña, educada á la moderna, que con el hombre á quien mira como novio: sea por esta ó por otra causa, el hecho es, que Carolina llegó al borde del precipicio; pero sin caer en él ni resbalar siquiera.

Pasó enfin, la época de los misterios y secretos, porque todo en este mundo es transitorio y no habiendo ya para los entrometidos deleite alguno en participar de las confidencias de una intriga que teria por primeros confidentes á Madrid y su Rastro, se mudó la decoracion, y comenzó el periodo de las negociaciones diplomáticas. Una coqueta rancia se encargó de hablar á la mamá, y un astro de la Corte, que á la sazón estaba en su aurora, quiero decir, un palaciego que empezaba á disfrutar favor, tomó sobre si entenderse con el papá y alcanzar consentimiento para el apetecido enlace. Allanáronse con efecto todas las dificultades: volvió el mancebo á ser admitido en la casa; y se trocaron en adulaciones á su persona todo lo que habian sido desvios y desdenes. ¡Poderosa fuerza mágica de la palabra *casamiento* cuando se pronuncia en casa de una soltera! En poco tiempo se arreglaron los preliminares de los contratos. D. Eduardito pilló su retiro cuando empezaba la guerra, y por intercesion de las personas ya mencionadas, se le confirió un alto destino.

Llegado el día de la suspirada union, se abreviaron todos los trámites, como si al paso mas importante que un hombre dá en la vida le pudieran sobrar formalidades. Ni amonestaciones públicas, ni velaciones, ni iglesia, ni siquiera convite; solo unas cuantas personas de la mas íntima confianza, fuimos avisados para asistir á los desposorios, que se celebraron en la sala principal de la misma casa.

El novio y la novia, elegantísima y prolijamente vestidos, llegaron á darsé las manos, con el mismo continente tranquilo, resuelto y desem-

barazado con que infinitas veces se las habian dado para salir á bailar un rigodón. El sacerdote murmuró á galope las palabras sacramentales, los circunstantes se permitieron mil chanzonetas irreverentes acerca de la epístola de San Pablo; el novio se estiraba el corbatin, la novia lanzaba furtivas ojeadas al espejo inmediato, el ministro echó sus bendiciones, y todo quedó concluido. En esto, á deshora y sin que nadie pudiese estar preparado para semejante extravagancia, Carolina se arrojó arrebatadamente en los brazos de su mamá, y entrambas rompieron en el mas estrepitoso llanto que puede imaginarse. Tres minutos cabales duró aquella escena, y concluida, volvió á quedar todo tan sereno y tranquilo, como la atmósfera suele tras un impetuoso turbion de verano.

Así quedaron casados Eduardo y Carolina: hoy tienen dos hijos.—Macho tiempo hacia que yo no sabia de los esposos, cuando en noches pasadas, saliendo de una representacion de la *Straniera*, me los vi á ambos.... El bajaba por la escalera de la derecha del teatro, dando el brazo á aquella amiga que negoció su matrimonio con la suegra... Ella salia por la escalera de la izquierda, escoltada por el mocito de los grandes vigotes que tuvo con su esposo el referido desafío.... Ah!.....!!

#### EL ESTUDIANTE.

Creemos que merece fijar la atención de nuestros lectores, y que no dejará de ofrecer un grave interés para una de las clases mas numerosas y dignas de consideración, de la sociedad, el siguiente artículo, que se ha servido proporcionarnos Don Antonio Martinez Perez, autor de la Máquina recientemente inventada para destrozor la uña.

# ARTES.

Ojeada sobre su estado actual en Cádiz.

## ARTÍCULO I.

Oímos encomiar las artes de nuestra ciudad, y no estamos muy distantes de hacerlo, aunque no con el entusiasmo que nuestros artesanos: no dirémos, como muchos de ellos, que han llegado á la perfección, si que en algunas se producen obras, que compiten con las extranjeras en elegancia y construcción, y algunas veces en lo bien rematadas.

Se hacen instrumentos músicos, particularmente de aire afinados y perfectísimos.

En la platería se ejecuta muy bien, con particularidad en los ramos de filigrana, entalle y clavado: se escasea en el buril, y por eso la bizería estrangera nos escude, no tanto por emplearlo en las obras, como en la preparación de moldes para los adornos trogelados que tanto la embellecen y abaratan.

La carpintería se halla floreciente en el ramo de ebanistería: hay grandes talleres, arreglados como fábricas, donde se manufactura cuanto se consume en el pueblo, siendo crecido el número de muebles que se esportan para el interior del reino y ultramar. Al paso que nos congratulamos de este progreso que, formando una buena parte de nuestra industria artística, ocupa tantos brazos, sentimos no ver completo el arte de trabajar la madera. Quisiéramos que á su aplicación y esmero en el trabajo, uniesen nuestros artesanos los estudios predisponentes á la ejecución de otras obras; que, brillando ménos, recomendasen mas la inteligencia; cualidad que preferimos al cuidado en la expresión de formas poco variadas, y á la paciencia que tanto ejercitan para producir superficies insinuantes á los sentidos. Las operaciones prácticas lo mismo se aprenden en caoba que en pino, y se ejecutan de igual modo en los muebles que en los retablos: el cargo difícil de maestro es el desempeño de los trazados. Obras

que no teniendo semejantes obligasen al maestro á averiguar las fórmulas de su traza y faenas, serían, en nuestra opinión, y las que hiciesen el mayor elogio de las artes: tales fueran en la carpintería un cierre de cristales sobre un patio de forma irregular y muros desiguales, armado sin tan tener ni recorrer, en cuya ejecución se contiene la necesidad, no fácil, de determinar, dando un costado y una arista, los otros dos y las bases de un prisma irregular de tres caras. Lo fuera también una escala de caracol en un hueco cuadrangular, que requiere indagaciones mucho mas delicadas, pues obliga al operario á desenvolver la teoría de las Superficies de doble curvatura; un techo grande ensamblado, que para conservar su forma plana pide muchas consideraciones mecánicogeométricas en su entibo y ligazon &c &c. No negamos á nuestros carpinteros disposición para esta clase de trabajos: nos retraemos de concederlas generalmente en vista de su apego á la rutina, y al uso de plantillas, rara vez averiguadas por el que las aplica; reservándonos contribuir al elogio que ellos hacen de sí mismos cuando tengan sus instrumentos de exactitud recorridos con esmero, y los veamos concurrir á las clases donde recibirán la instrucción de que carecen.

El torno, en nuestro sentir, no es arte en toda la estension de la palabra; lo creemos un instrumento auxiliar de ellas: el que se dedica puramente á su ejercicio, limitándose á labrar piezas, cuyo destino ignora, no merece tanto aprecio como cualquier artesano, que, sabiendo la dirección de una obra, la empieza y acaba por sí mismo. Sería de desear en esta población algun tornero que, instruido en la delineación y la parte gráfico-mecánica inherente á ella, pudiese desempeñar la construcción de modelos y otras piezas para mecanismos.

Conocemos muy buenos maestros y oficiales prácticos de albañilería, y en las reedificaciones sin derribo hemos visto, y se ven, obras atrevidísimas, cuyo principal mérito consiste en la ejecución.

El arte de picapedrero y marmolista estuviere en su perfección, si pudiesen sus operarios expresar cualesquiera formas delineadas, derivando de un dibujo dado los contornos de las plantillas que se han de usar en la elaboración.

Hay muy buenos ojaleros, y hemos visto con placer piezas delicadísimo ejecutadas, en las cuales se contienen entalles de bóvedas elípticas, perfectamente determinados y acabados: quisiéramos estar ciertos de que pudiesen dar cuenta de sus trazados, y de empeñar muchos mas que se les ofrecieran, como pudieran hacerlo si tuviesen algunas nociones de geometría descriptiva. Hay pocos, pero muy buenos oficiales de fragua y lima; siendo de admirar lo mucho que ejecutan con tan escasos instrumentos: hemos visto escopetas y otras piezas no ménos perfectas que las extranjeras, y nos han admitido estas obras, por ser cada cual de ellas ejecutada por una sola mano. Esta condición de principiar y rematar una labor, supliendo

do con la maña la escasez de instrumentos, es una calidad que, en cierto modo, hace nuestros artesanos superiores á los de otros países.

No cansaremos á nuestros lectores estendiéndonos en la revista de las artes de nuestra ciudad, y descendiendo á los oficios, diremos; que las obras de algunos de estos igualan á las mejores de nuestras artes; tales son las del zapatero, adobador de pieles, sastre, guanteo &c. siendo la que principalmente nos agrada, el dorado sobre madera y cristal, ejecutado por hijos de nuestro suelo.

No se crea que porque hasta ahora no hemos hecho mención de nuestros fabricantes, que los estimamos en poco: los apreciamos, si han sido artesanos, ó profesan las artes que intervienen en sus producciones, y mucho mas si se debe á ellos los mecanismos con que se auxilian para la facilidad y perfeccion. Ha perdido nuestra ciudad un artesano (Don Andres Martínez) delicadísimo, esmerado, é inteligente en varias artes y oficios: dotado de una casi inimitable constancia, no se le resistian cuantos problemas artísticos se propuso, y así entre otras obras ha dejado establecida una fábrica completísima de morriones, de cuyo mecanismo la mayor parte fué ejecutada por él.

Se fabrican por un paisano y amigo nuestro cristales de anteojos en toda clase de pasta, con suma perfeccion é inteligencia, y podemos asegurar que, en su profesion, satisfará cualquier necesidad óptica que se le proponga.

Conocemos y apreciamos otros no ménos dignos artesanos, especialmente uno, de cuya fortuna considerable se complace el pueblo, que lo ha visto crecer trabajando, y elevarse á la clase de fabricante en espadería y ramos á ella anexos para el equipo de la tropa, confiéndole encargos municipales y otras distinciones, sin que por eso haya aun abandonado el laudable afán, que le granjea el aprecio de sus convecudanos.

En otros artículos hablaremos de algunas de las bellas artes; ahora no lo hacemos, por ser nuestro objeto ocuparnos solo de nuestros artesanos y de las artes liberales, llamadas así por los romanos, porque no permitian su ejercicio á los esclavos, con lo que marcaban la estimacion en que las tenian, suponiendo por lo mismo en su profesor una educacion algo mas elevada; distincion á que hoy aspiran los artesanos, creyéndose con mas títulos para el aprecio general, que los dedicados á cualquier oficio ó industria. No distamos de opinar así, aunque no tan latamente como los artesanos, cuando se aplican el nombre de *artistas*, que solo pertenece á los que ejercen las artes del ingenio: cuadra solo ese título á los que, en sus productos, retratan los pensamientos; es propio de los que en la práctica de sus artes hablan al alma, y no lo merecen sino cuando esta los aprueba. Los que se limitan á ejecutar formar regulares, si saben determinar por sí la marcha de sus operaciones, y dar cuenta de sus trazados y procedimientos, se llamarán artesanos y su con-

cepto dependerá de su instruccion; no son artesanos todos los que trabajan en las artes, pues manejadas estas por rutina, y sin los debidos conocimientos, se degradan y pasan á ser meros oficios. Satisfacer los caprichos del lujo, no siempre delicado y rara vez exacto, y cuidar solo de la elegancia y pulcritud de los productos, no forma la perfeccion de las artes.

Conocer las materias en que se trabaja, trazar sabiendo la razon, ya que no los fundamentos de las operaciones, ejecutar y acabar con esmero, imitar los productos artísticos estraños y trasportar los propios por medio de dibujos, dar existencia á los pensamientos ajenos, expresados por líneas, y corregir los suyos con la cabeza ántes que con las manos, en el papel mas bien que en la materia, son en nuestro sentir, las dotes de un artesano.

Las artes son instrumento de muchas ciencias: ¿porqué no se ha de poner tanto empeño en servir las como al lujo y á las necesidades de la vida? Aspirar soló á la aprobacion de los sentidos, es contentarse con muy poco: el elogio de un artesano lo hace la realizacion de un pensamiento propio ó estraño; en este caso se dan la mano el sabio y el que ejecuta, y pasa este á ser artista.

He aquí los artesanos tales como los quisiéramos y como no es imposible que lo sean: en todas las capitales de provincia costea nuestro Gobierno conservatorios de artes donde se da esta instruccion; á ellos toca el apreciar y hacer uso de este favor. Crean que el aprendizaje no se pasa solo en los talleres: la *delineacion* es el principio de las artes, es la escritura de ellas, y el artesano que la ignora, es en su profesion, lo que en el mundo ilustrado, el hombre que no sabe leer y escribir.

ANTONIO MARTINEZ PEREZ.

BOLETIN.

POESÍA.

Cadena.

I.

Nace la rosa, y su boton despliega  
orlada en torno de ponzante espina,  
y sobre el agua que los pies la riega  
fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa  
su imágen mira en el tranquilo espejo,  
y el sol, del agua sobre la haz dudosa

pinta el reflejo.

El áura errante que al pasar murmura  
el dulce aroma de su caliz bebe,  
la sorda abeja que su esencia apura  
néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,  
del césped brilla sobre el verde manto,  
libre á su sombra el colorin exhala  
rústico canto.

No hay flor mas bella!.. ¿mas á que su orgullo  
si el cierzo helado su boton despoja,  
y el agua lleva su infeliz capullo  
hoja tras hoja?

II.

Haye la fuente al manantial ingrata  
el verde musgo en derredor lamiendo,  
y el agua limpia en su cristal retrata  
cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja,  
de mil caprichos al pasar dibuja,  
y ola tras ola murmurando arroja  
riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,  
fresco abanico el abedul pomposo,  
cañas y juncos retirada calle,  
sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente...  
ya que su empeño, si al bajar la cuesta  
baila del rio en el raudal rujiente  
tumba funesta!

III.

Lánzase el rio en el desierto mudo  
la orilla orlando de revuelta espuma,  
y al eco evoca cuyo acento rudo  
hierve en su bruma.

Su márgen ciñe pabellon espeso  
de áspera zarza y poderoso pino,  
y entre las rocas divididas preso  
lusea camino.

Lecho sombrío el rústico ramaje  
que riega en torno misterioso ofrece

y el pardo lobo y el chacal salvaje  
de él se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido  
la sed apaga en su raudal corriente,  
y el arco cierra que sobre él partido  
cuelga del puente.

¿Mas que la sombra, el ruido, y el perfume  
valen del cauce que recorre estenso  
si el mar le caba cuando en él le sume  
timulo inmenso?

IV.

El mar!... el mar!...—remedo tenebroso  
de la insondable eternidad, espera  
de la trompa final el son medroso  
para romper hambiento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables  
jamás encuentra su avaricia llenos  
de misterios conserva inmensurables  
siempre prefados sus gigantes senos.

Ese es el mar!—Gemelo de la nada,  
cinto que el globo por do quier rodea,  
centinela fatal que encadenada  
la tierra guarda que sorber desea.

El mar!... como él houlisimo y oscuro  
el misterioso porvenir se estiende,  
y tras su negro y penetrable muro  
nada mezquina la razon comprende.

El cerco del sepulero es su portada,  
tras él se baja un escalon de tierra;  
pasado el escalon, la puerta hollada,  
Se abre, sorbe la victima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen  
á morir uno y otro pensamiento,  
brotan unos donde otros se deshacen,  
hullen, caen y se hunden al momento.

V.

Rosas la fuente en la montaña brota;  
sécase, caen y bajan con la fuente  
al río, que se va gota tras gota,  
al hondo mar que sorbe su corriente.

Noviembre de 1833.

JOSÉ DE ZORILLA.

## ESTUDIOS MORALES.

### EL FASTIDIO.

Si Neron, Caligula, Tiberio, Eliogábalo y otros muchos han sido tan tiranos, no debe culparse sino al fastidio. El fastidio es el mas terrible consejero de los reyes: los buenos principes son aquellos que jamas llegan á fastidiarse, y esta es la razon de que haya tan pocos, porque las virtudes que nacen del corazon son mas fáciles y más comunes que aquellas cuyo origen está en el carácter y en el espíritu. Una alegría constante sería en un rey una preciosa cualidad y la mas infalible garantia de la felicidad de su pueblo. Las mejores naturalezas reales han sido casi todas mas ó ménos relajadas por el fastidio y si ha habido tan pocos reinados intachables, consiste en que, aun en medio de la mas elevada fortuna, no es fácil evadirse algunas veces de esa molesta indisposicion que tan desagradable influjo ejerce sobre una voluntad independiente.

El Sultan Achmet III era un principe perfectamente bueno, soberanamente amable; y tan clemente como es posible serlo sobre el trono Otomano; pero el Sultan Achmet, por mas ingenioso que fuese para inventarse cada dia nuevos placeres, no por eso dejaba de fastidiarse muchas veces. Por ejemplo, habia ideado enseñar la música á muchos millares de canarios, que á una señal que hiciese ejecutaban las mas graciosas y bien estudiadas sinfonías. Todos los dias se reunia la corte Otomana en una galeria, cuyas paredes estaban cubiertas de jaulas, y disfrutaba de la delicia de un concierto de pájaros que duraba por lo general tres horas. Empero este placer, unido á los recreos del serrallo y al cuidado de los negocios públicos, dejaba aun un vacío en la existencia de Achmet. Un dia y en uno de aquellos momentos de fastidio, recorria el Sultan á pasos lentos las arboledas de sus jardines. Acompañábale el Visir Mohamet, que trataba en vano de

divertirle por medio de chistes mezclados de agradables lisonjas; mas la frente del Sultan no aparecia mas serena, y cansado el Visir de sus inútiles esfuerzos, concluyó por caer en el sombri y taciturno abatimiento en que su amo se hallaba sumergido: porque el fastidio es contagioso.

Detúvose Achmet á la orilla de un terrado que dominaba los jardines, y despues de algunos momentos de una silenciosa melancolia, distinguió á lo lejos un esclavo griego, que se ocupaba en cortar las ramas de un jazmin.

—Mohamet, dijo al Visir, vé y tráeme la cabeza de aquel esclavo.—

Aunque sorprendido de aquel capricho tan extraño en las costumbres de Achmet, y que solo podia ser producido por el mas triste fastidio, no vaciló en obedecer. Achmet seguia con su vista indiferente á su Visir que bajaba con presteza la escalera del terrado y se dirigia hácia el esclavo; la distancia era bastante, y empleó cerca de un cuarto de hora para llegar. Al acercarse al griego, que era un joven robusto y de agradable fisonomía, le dijo el Visir:

—¿Como te llamas?—Marcopoli.—¿De donde eres?—De Morea.—Está bien: ahora vuelve tu vista allá arriba hácia aquel terrado. ¿Reconoces al que nos mira?—Es el Sultan.—Vengo de su parte.—Y ¿qué manda?—Que le lleve tu cabeza.—¿Cual es mi crimen?—Esclavo ¿te olvidas de que nuestro sublime amo á nadie tiene que dar cuenta de sus mandatos? El Sultan está fastidiado, y le place distraerse viendo caer una cabeza. Calla pues, y tiende el cuello: Achmet lo quiere.

—Diciedo esto Mohamed desentranó su sable; pero antes de que la hoja brillase enteramente á los rayos del Sol, Marcopoli con la rapidez del relámpago habia desarmado al Visir, y le decia con frialdad.

—Mal has hecho, Mohamed, en encargarte de semejante comision; los papeles se han invertido: de todos modos hay aqui un verdugo y una víctima; pero yo tengo el sable, y á ti te toca rendir el cuello.

—Mohamed quiso huir, y Marcopoli le detuvo con su mano vigorosa, le derribó, y con el sable levantado le dijo en voz formidable.

—Ningun poder humano es capaz de salvarte, estamos solos, y el socorro llegaría muy tarde: despidete de la vida.

Esta fué la última palabra que oyó Mohamed. El esclavo derribó de un solo golpe la cabeza del Visir, y tomándola en su mano se dirigió con la mayor tranquilidad hácia el terrado donde el Sultan permanecía, despues de haber observado estupefacto la escena que acababa de pasar: Achmet ya no estaba fastidiado.

—Luz de las luces, sultime Emperador de los creyentes, le dijo Marcopoli poniendo á sus pies la cabeza del Visir; vengo á humillarme á tus plantas como un esclavo: pero no como un criminal, porque lejos de haber cometido una accion punible te he prestado un servicio.

—Estraña audacia, replicó el Sultan; ¿eres tu, vil esclavo, miserable asesino, encontrar una excusa para tu abominable atentado?

—Nada me será mas fácil si me permitis explicarme.

—Habla; pero despacha.

—Seré breve: V. A. se dignó fastidiarse, y para distraerse quiso ver perecer á un hombre: yo le he proporcionado este espectáculo; pero ademas le he añadido el interes de los detalles, lo imprevisto de la accion y la importancia de la catástrofe. Todo es poco para divertir á un Sultan. Necesitábais una cabeza, hela aquí: y estais mejor servido de lo que pensábais, porque en vez de la cabeza de un esclavo, que no hubiera destruido vuestro fastidio, os traigo la cabeza de un Visir que ha arrojado de vos el fastidio por medio de la emocion. Hecho esto V. A. me hará morir si así le agrada: siempre habré ganado media hora en serle útil; y ántes de morir le daré un buen consejo.

—¿Tú! ¡un consejo! dile pues.

—Que un Visir no debe durar mucho. Esta máxima la creo buena en politica, porque las personas que se eternizan en puestos elevados, con-

cluyen por hacerse peligrosas. Tal es mi opinion á la cual he creído deber inmolar á Mohamed. ¡Dichoso yo si esta accion os ha sido provechosa. Estoy seguro que algun día reconocereis que tenia razon.

Las palabras de Marcopoli y la sangre fría con que las pronunció, conmovieron vivamente á Achmet y contestó al esclavo.

Si tienes razon no debes ser castigado. Ocho dias me bastarán para apreciar tu accion en su justo valor. Vuelve á tu trabajo, y cuando sea tiempo te haré llamar para que recibas tu castigo ó tu recompensa.

Las investigaciones que se hicieron en los papeles de Mohamed probaron que el Visir se ocupaba de un proyecto de traicion: tratábase nada ménos que de entregar algunas provincias á los enemigos del imperio Otomano. Marcopoli fué llamado al Divan; Achmet le presentó á sus consejeros como el salvador del imperio. Nombráronle por de pronto Agá de los Genizaros, y su fortuna le elevó con tal rapidez, que se vió elevado al rango de Visir. Despues de haber ejercido por dos años las funciones de tan alto puesto, en cuyo desempeño desplegó toda su sagacidad, Marcopoli dió su dimision al Sultan.

Lo que es cierto para los demas, le dijo, tambien lo es para mi; acordaos de mis palabras. "Un Visir no debe durar mucho." Yo he durado dos años, y es bastante; me retiro en honor de una máxima que V. A. deberá erigir en regla inalterable.

Revestido en seguida de una brillante dignidad, Marcopoli se retiró á vivir á una provincia lejana de la capital; y si Achmet conservó despues á sus Visires por mas de dos años, á lo ménos en sus momentos de fastidio no pensó en derramar la sangre de sus esclavos.

No es solamente sobre el trono donde el fastidio es el enemigo de la moral, de la virtud y de todos los buenos sentimientos. Esta plaga de la naturaleza humana y de la sociedad ejerce la misma influencia en todas las condiciones. La mayor parte de las malas acciones, de las imprudencias,

de las faltas y de las locuras que diariamente se cometen, no deben atribuirse á otra causa. El fastidio es el genio maléfico de la humanidad, y los reformistas deberán dedicarse ante todas cosas á combatirlo; pero cómo, y por qué medios, cuando toda la tendencia del progreso social se dirige por el contrario á estender y consolidar su dominio? Llevando todas las cosas á un punto de perfeccion, facilitando la comodidad de la vida, poniendo el bienestar y el lujo al alcance de todos, se propaga la uniformidad y se aumenta prodigiosamente la parte que el fastidio tiene en nuestra existencia. "El fastidio es la desgracia de las personas dichosas": dijo Walpole, y efectivamente hay muy pocas felicidades que no estén sujetas á él. La felicidad conyugal, la fortuna, la grandeza, pagan este tributo á la Providencia, sin que el equilibrio se establezca entre las prosperidades y las miserias sociales; porque los desgraciados no están mas al abrigo que los que no lo son, de los rigores del fastidio.

No hace muchas noches que un noble y opulento extranjero el Conde de... decia en una tertulia: "Daria So.ª reales al que me hiciese reir durante un cuarto de hora."

He aqui el mal del lado de la abundancia, el fastidio radical que produce la sociedad. Lo alegre de nuestro carácter impide por lo general que esta enfermedad llegue á un estado normal; pero lo mas notable que hay en este particular es que en Inglaterra, por ejemplo, donde el fastidio llamado *spleen* es una enfermedad mortal, nunca se ha visto al enfermo deshacerse por un medio bien sencillo del fastidio que sus riquezas le habian dado; y sin embargo, no hay cosa mas fácil: en vez de arrojarle al agua, deberian precipitar al rio las riquezas; en vez de saltarse la tapa de los sesos, deberian abrasar los millones en efectivo ó en billetes de banco, en vez de quitarse en fin la vida, deberian quitársela á su fortuna, y el *spleen* engendrado por la riqueza, huiria á la vista de la pobreza, desapareciendo el efecto con la causa.

Lo único que pudo hacer un *gentleman* en semejante caso fué analizar su situacion. Tenia ya

entre sus dientes el cañon de la pistola, é iba á disparar, cuando le ocurrió la idea de componer una obra sobre el *spleen*. Quería apresurarse porque la vida en realidad le era gravosa; pero poco acostumbrado á escribir, las ideas le venian á la imaginacion con lentitud y se formaban con trabajo. Su amor propio se hubiera resentido en dejar á la posteridad una obra imperfecta; así que empleó tanto celo, tanto afán, tanta paciencia, que el trabajo duró siete años: fué preciso corregir las pruebas, y en esta segunda ocupacion empleó otro año; finalmente, cuando ya el libro estuvo releido, corregido, impreso, y encuadernado, el mismo día en que el librero hizo la publicacion, el autor tomó de nuevo su pistola, colocó el cañon entre los dientes, y como ninguna otra idea vino en su socorro, en aquel fatal instante, se saltó la tapa de los sesos. El libro existe y está en mucha boga entre los ingleses bajo el titulo de ANATOMÍA DEL FASTIDIO: Esto se llama ser consecuente. (S. P.)

#### MODAS DE MADRID.

Otros figurines que han llegado últimamente á nuestras manos presentan algunas modificaciones notables en los trages de ámbos sexos, de las cuales debemos dar cuenta á nuestros lectores.

La capa de señora, inventada por Madama Lallemand: es una especie de Dullela elegante, de seda entretelada, guarnecida en todas sus estremidades por jaretones tambien de seda, de color contrapuesto: la esclavina es una graciosísima manteleta que cae por detras cosa de un palmo mas abajo del talle, formando media elipse en su totalidad; y esta manteleta se prolonga por delante en dos grandes puntas que llegan casi hasta los pies, terminadas por borlas de seda floja: tiene capucha, con otra borla de lo mismo; y dos presillas recojen á un lado y á otro la manteleta sobre la parte superior del brazo, partiendo del ángulo que forma la capucha con el escote. Las mangas son anchas. El sombrero debe ser del color de los jaretones que circuyen la capa en todos sus cortes. Los medios colores son los que están mas en boga.

Se llevan tambien mucho otras capas que requieren turbante en vez de sombrero, de invencion de Madama Pollet. Consisten aquellas en una especie de ropon anchisimo, ordinariamente de seda negra, con arberturas para sacar los brazos, todo guarnecido de blonda tambien negro, incluso el canezu-manteleta, cuyo fondo se usa de color de rosa subido, y que tiene tambien largas caidas. Esta capa se abrocha con cierto abandono sobre la mitad del pecho, y se figura atada con unos prolongados cordones, terminados en un enrejado elíptico de obra de pasamanería, con los cuales se hace una lazada sobre el pecho, y un medio nudo á cierta distancia. Los turbantes suelen ser verdes, con bordadura y borlas de oro.

*Vocabulario médico-quirúrgico, ó diccionario de medicina y cirugía, que comprende la etimología y definición de todos los términos que han usado en estas dos ciencias los autores antiguos y modernos, por D. Manuel Hurtado de Mendoza, doctor en las dos facultades de medicina y cirugía médica, miembro de muchas sociedades nacionales y extranjeras &c.*

Las revoluciones ocurridas en la ciencia de curar desde Hipócrates hasta nuestros días, los diversos nombres que sus costosos adoptaron para significar sus inventos ó el resultado de sus observaciones, los progresos de la anatomía, fisiología, patología y de sus otros ramos, el deseo de perfeccionar la nomenclatura y el espíritu descontentadizo de algunos autores, han producido tal confusion y desorden, que no es facil la inteligencia de los escritos médicos sin la ayuda de un diccionario, que, conteniendo todos los nombres, presente reunidos los de igual significacion, ó las diferentes acepciones de cada uno.

Don Manuel Hurtado de Mendoza, profesor ilustrado y muy conocido por sus obras, va á dar principio á este penoso trabajo, facilitando á los prácticos por este medio la lectura de los autores clásicos y á los estudiantes el pronto conocimiento de las voces usadas hasta aquí.

Tal empresa, aunque no nueva, porque ya se han publicado algunos diccionarios semejantes en otras naciones, donde de antemano fué conocida su utilidad, es sumamente difícil, y cualquiera que no ignore los diversos nombres que dieron los autores á unas mismas enfermedades, los muchos con que se ha conocido un mismo me-

dicamento ántes que la química dedujese la nomenclatura de los compuestos de los principios que los constituían, desterrando aquellos nombres pomposos que llenaban nuestras recetas, y los varios con que designan los anatómicos una misma parte del cuerpo, apreciará este trabajo, aplaudiendo la laboriosidad del autor.

Casi se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que no hay una ciencia cuya tecnología sea mas complicada, ni que haya experimentado mas alteraciones. Cada autor cuando ha hecho un descubrimiento lo ha bautizado con el nombre que mejor le ha parecido, y generalmente sus sucesores no han convenido con él, adoptando otro distinto. La sinonimia de las calenturas, la de las preparaciones del mercurio, la de los músculos, arterias, venas y nervios nos proporcionan á cada paso ejemplos muy marcados de esta verdad, encontrándolos igualmente en cualquiera de las otras partes de la medicina. Como si no bastaran para hacer difícil su estudio la aridez de la de las antiguas, su obscuridad y la estension de los conocimientos indispensables, se trató embrollarlo con multitud de nombres que produjeran confusion, para que no se entendieran dos médicos al clasificar una misma calentura, proponer un mismo medicamento, ó nombrar una misma parte del cuerpo, á no estar bien instruidos de las diversas nomenclaturas.

Parecerá acaso exageracion, pero no lo es, si se considera, que á la calentura conocida comunmente por biliosa se la ha llamado ademas, ardiente, gástrica, colérica, mesentérica, y meningo-gástrica: que á una de las preparaciones del mercurio, llamada generalmente mercurio dulce, se le conoce tambien por el de *Aquila alba*, *draco mitigatus*, *panacea mercurial*, *calimelano de Riverio*, *muriato de mercurio sublimado*, *muriato de mercurio oxidado ad minimum*, *muriato de mercurio dulce*, *submuriato de mercurio*, *proto-chloruro de mercurio* y *chloruro mercurioso*: que el músculo menos importante de nuestra máquina se nombra de tres ó cuatro modos diferentes, y de la misma manera sucede con toda la sinonimia que es vastísima, por ser sobremanera estensos los conocimientos indispensables para un médico.

Esta obra importante, que será precisa en las librerías de todos los profesores instruidos, será muy útil á los estudiantes, porque por ella conocerán y se familiarizarán con la tecnología de la ciencia y se instruirán en la sinonimia de las diversas escuelas y en las variaciones que introdujeron sus discípulos.

Constará de seis cuadernos de á diez pliegos cada uno, y se entregarán dos cada mes al ménos, comenzando desde el presente. El precio de cada cuaderno es el de ocho rvn. en las provincias, franco de porte, debiéndose pagar uno adelantado; y el que abone el total del mismo modo pagará solo cuarenta rvn. La suscripcion está abier-

ta en casa de D. Severiano Moraleda, plaza del Correo.

El mérito probado de su autor, no solo en las obras originales de algunos años á esta parte, ha publicado, sino tambien en las traducciones de otras, nos mueve, al ver el prospecto de su diccionario, á llamar la atencion de los profesores de esta provincia hacia las ventajas que de él pueden reportar, convenidos intimamente de que un médico, cuya instruccion es bien conocida, satisfará nuestros deseos, dando una nueva prueba de sus talentos.

R. A.

### Session pública de la Academia Nacional de Medicina y Cirujía de Cádiz.

El día 2 del corriente, á la una de la tarde, verificó la apertura de sus sesiones esta Academia, segun previene su reglamento. Dióse principio por la lectura de la oracion inaugural que correspondió por turno al Señor académico de número Don Ramon Otero, la que tuvo por objeto manifestar la influencia del hábito en nuestra imaginacion. Bien quisiéramos dar una sucinta idea de los medios de que se valió para probarlo, pues aunque ciertamente eligió uno de los puntos mas metafísicos de la fisiología, sin embargo, es muy interesante y del cual han tratado con saber muchos fisiólogos célebres; empero, la obscuridad del asunto, juntamente con la rapidez con que leyó, no nos permitieron enterarnos.

Acto continuo, el Señor Don Manuel Porto, Secretario de Gobierno, hizo la relacion de los trabajos de que se habia ocupado la Academia en el año último; analizó las memorias leídas en las sesiones literarias, resumió los informes dados sobre varios puntos interesantes á las autoridades y al Gobierno, y señaló los asuntos de la Subdelegacion de la facultad, cometidos á aquella, desempeñándolo todo con habilidad y como médico instruido. La muerte en el mismo año del Señor D. Francisco de Flores Moreno, Académico de número, desde su instalacion hasta que se retiró á Sevilla, y sus distinguidos servicios en su prolongada carrera, fueron recordados por el autor, que se ocupó dignamente de la memoria de un profesor tan apreciable, que no solo honraba á esta corporacion, sino que tambien, por sus talentos y virtudes, sostuvo, en union de sus antiguos compañeros por muchos años, ileso el crédito de la Escuela Galitana.

R. A.

### TEATROS.

La compañía de ópera va á ser reemplazada por la de verso: es decir, en estilo antiguo, que Thalia y Melpomene van á ocupar la escena, y que, los adinuadores de Donizetti y de Rossini, háiran de ceder el puesto á los alicionados á los galanteos de Calderon y Moreto, y á las grandes sensaciones y terribles desenlaces del drama moderno.

La Sra. Franceschini, con su hermosa voz de mezzo soprano, segun unos, y segun otros, de contralto; con su energia de canto y con sus acentos verdaderamente tragicos; la Sra. Fanti, con

su agradabilísimo órgano de verdadero soprano, con su cuerpo torneado y esbelto, con sus maneras aun mas encantadoras, con su expresion de verdadera artista, y con sus notas puras y entonadísimas: el Sr. Confortini, con su excelente voz y su mas que mediano método de canto y su esmero por complacer al público, que podria pasar por afortunadísimo si lograrse sobrepujar cierta frialdad, que parece hasta ahora invencible: el Sr. Lej, con sus grandes facultades de Basso y sus na la pequeñas profusiones de canónico; (deseamos á los sevillanos que logren oírle con mas frecuencia que nosotros) el Sr. Tosá mas dichoso en las orillas del Guadalquivir, segun afirman, que en la ciudad donde colocó Hércules sus columnas; el Sr. Santarelli, cuyo mérito, sino corre parejas con su voluntad, por lo menos está muy al nivel por lo comun de las partituras que desempeña y que es tan digno de elogio por su celo y su afán de agradar á todos; la Sra. Montero con sus mellos de segunda donna, y su cuerpo como si dijéramos de Maga subalterna, con sus ojos de Andalucía, y su acento de Madrileña y su gracia verdaderamente Española; hasta el Sr. Chioceoli, tan digno de mayor indulgencia.

"Que Apolo no ha de hacer de confidente," y con sus nervios tan excesivamente susceptibles á los chiechos desapiadados y á los oplausos irónicos, todos van á disfrutar del aire embalsamado de azahar de "la hermosa ciudad que el Héctis baña;" — todos van á admirar la altura de la Giralda y la ferocidad de una naturaleza sin igual.

Mientras tanto, á nosotros nos están reservados los buenos dramas de Dumas, de Victor Hugo y de nuestro compatriota Gutierrez &c. &c. y los malos de quienes no queremos nombrar; las buenas comedias de Lope de Vega, de Tirso de Molina y de Breton y los soperíficos Vaudevilles de los escritores trampirañicos; las funciones solitarias y desiertas de los Mártres y Vietnes, y los beneficios tan populares y tan concurridos de ordinario del Señor Mañquez y el Señor Aipona: nos está reservada la declinacion verdaderamente melodiosa, la hermosa garganta y los perfectos brazos, sin que esto nos hacer injuria á su cara, de la Señora Bay. Nos está reservada la expresion sentimental de la Señora Fenoxiuo.

Pero bueno es poner término á este artículo que elogiamos antes de tiempo; mal nos está gastar en valle nuestras frases que debiéramos reservar para los análisis de costumbre; de otro modo se podria decir de nosotros, segun expresion moderna ya que no muy castiza, "que vivimos sobre el porvenir."

— El Señor Montañó es tan desgraciado en la eleccion de las piezas que excepto para su beneficio, cuando las buscan en el repertorio de los melodramas furibundos, como cuando quiere poner en escena una pieza chistosa. Las gracias y donaires de *Los Titeres*, son del mismo gusto, que los horrores y atrocidades de *la Cámara Ardiente* &c. &c. Nada mas insulto: nada mas malo. Y es lástima porque es un actor muy apreciable.